

cion y novedad de los vuestros! ¡ Bien maravillados quedaron los sacerdotes de Sais, cuando oyeron á Solon hacer ostentacion de vuestras tradiciones, hablarles del reino de Foroneo, del diluvio de Deucalion, y de tantas épocas, que le parecian tan antiguas, y eran muy recientes para ellos! « ¡ Solon, Solon, le dijo uno de los sacerdotes, vuestros Griegos son unos niños! »

Despues de esto no han dejado de serlo nunca. Unos no buscan en la historia mas que lo ameno del estilo; otros solamente aventuras sobrenaturales y pueriles, y otros devoran con interes aquellas listas insoportables de nombres desconocidos, y de hechos estériles, que apuntalados con un monton de fábulas y prodigios, llenan casi toda vuestra historia antigua, esa historia á que dió Homero un lustre inmortal, y á la que vuestros cronistas no han añadido mas que el fastidio mas excesivo.

Quisiera yo que en adelante no se ocupasen vuestros autores sino de los dos ó tres últimos siglos, dejando para pasto de los poetas los tiempos anteriores. De esa manera, me dijo Euclides, habeis interpretado el pensamiento de Isócrates, quien aconsejó á dos de sus discípulos, Eforo y Teopompo, á que se dedicasen enteramente á la historia. Eforo es tardo, é incapaz de investigaciones laboriosas; Teopompo activo, eficaz, y dado á discusiones: ¿ qué hizo Isócrates?

tes? Echó el primero á la historia antigua, y destinó el segundo á la moderna.

A este tiempo, entraron Eforo y Teopompo; y Euclides que los esperaba, me dijo aparte, que venian á leernos algunos fragmentos de las obras que estaban trabajando. Traian consigo dos ó tres amigos, y Euclides por su parte habia convidado á algunos de los suyos. Antes de reunirse todos, declararon los dos historiadores, que no habian gastado el tiempo en aclarar las ficciones de los siglos anteriores á la guerra de Troya, y haciendo profesion de un amor grande de la verdad, añadieron que seria de desear que todo autor hubiera presenciado los hechos que refiere.

Yo me he propuesto, dijo despues Eforo, escribir todo lo que pasó entre los Griegos y los bárbaros desde la vuelta de los Heraclides hasta nuestros dias, en el espacio de ochocientos cincuenta años. En esta obra, dividida en treinta libros, precedidos cada uno de un prólogo, se hallará el origen de los pueblos, la fundacion de las principales ciudades, sus colonias, sus leyes, sus costumbres, la naturaleza de sus climas, y los hombres grandes que han producido. Concluyó Eforo confesando, que las naciones bárbaras eran mas antiguas que las de Grecia, y esta confesion me previno en su favor.

Se siguió á este preámbulo la lectura de un

trozo sacado del libro once de su historia, y que contenia una descripcion del Egipto. Aquí es donde á varias opiniones aventuradas sobre las crecientes del Nilo, sustituye otra que no conviene, ni con las leyes de la física, ni con las circunstancias de este fenómeno. Estaba yo cerca de Euclides, y le dije: Eforo no sabe lo que es el Egipto, ni ha consultado á los que lo saben.

A poco quedé convencido de que el autor no se preciaba de exactitud, y que, imitador puntual de los que le habian precedido, se esmeraba en condimentar su narracion con las fábulas consignadas en las tradiciones de los pueblos, y en las relaciones de los viajeros. Tambien me pareció que gustaba mucho de las formas oratorias. Como muchos escritores ponen al orador sobre el historiador, creyó Eforo que no podía responderles mejor, que esforzándose á sobresalir en los dos géneros.

A pesar de estos defectos, será su obra mirada siempre como un tesoro, tanto mas precioso, cuanto cada nacion hallará en ella separadamente y en buen orden todo lo que puede interesarle: el estilo es puro, elegante y florido, aunque por lo comun sujeto á ciertas armonías, y casi siempre falto de elevacion y de fuego.

Acabada esta lectura, se volvieron todos á mirar á Teopompo, que empezó hablándonos de sí

mismo. Desterrado mi padre Damostrato, nos dijo, de la isla de Quio su patria, por haber manifestado mucha adhesion á los Lacedemonios, me trajo á Grecia, y algun tiempo despues vine á esta ciudad, donde me apliqué sin intermision al estudio de la filosofía y la elocuencia.

Compuse muchos discursos; viajé por diferentes pueblos; hablé en sus juntas; y despues de tantos aplausos como he logrado, creo que puedo ponerme entre los hombres mas elocuentes de este siglo, y reputarme superior á los que mas lo fueron en el pasado; porque el que entonces gozaba del primer lugar, no lograria ahora el segundo.

Isócrates me hizo pasar de la carrera lucida en que me habia distinguido, á la que habian ilustrado los talentos de Heródoto y de Tucídides; he continuado la obra de este último, y ahora estoy trabajando la vida de Filipo, rey de Macedonia; pero lejos de limitarme á describir las acciones de este principe, cuido de enlazarlas con la historia de casi todos los pueblos, refiriendo las costumbres y leyes de ellos. Abrazo un objeto tan vasto como el de Eforo; bien que mi plan es diferente del suyo.

A imitacion de Tucídides, nada he omitido para cerciorarme de los hechos: muchos de los sucesos que refiero, han pasado á mi vista; en cuanto á los demas he consultado á los que fue-

ron ó actores ó testigos: no hay pais en la Grecia que no haya andado; no le hay donde no haya contraido amistad con los que dirigian las operaciones políticas ó militares. Soy bastante rico para no temer gastos, y demasiado amante de la verdad, para temer las fatigas.

Esta vanidad tan necia nos indispuso contra el autor; pero al punto se puso en un camino tan luminoso, desplegó tan grandes conocimientos sobre los asuntos de la Grecia, y de otros pueblos, tanta inteligencia en la distribucion de los hechos, tanta sencillez, claridad, nobleza y armonia en el estilo, que nos vimos forzados á colmar de elogios al hombre que merecia ser mas humillado.

Entre tanto que continuaba leyendo, empezaba á resfriarse nuestra admiracion viendo otra vez fábulas, y oyendo contar cosas increíbles. Nos dijo que un hombre, que, contra la prohibicion de los dioses, pudo entrar en un templo de Júpiter en Arcadia, gozó por toda su vida el privilegio singular, de que su cuerpo, dándole los rayos del sol, no hacia sombra. Tambien nos dijo que en los primeros años del reinado de Filipo; sucedió que en algunas ciudades de Macedonia, y en medio de la primavera, las higueras, las viñas, y los olivos, dieron fruto maduro de repente; y que desde esta época no dejaron de prosperar los negocios de este principe.

Sus digresiones son tan frecuentes, que casi llenan las tres cuartas partes de su obra, y á veces tan largas, que cuando se acaban, se ha olvidado el motivo de ellas. Las arengas que pone en boca de los generales, á la hora del combate; impacientan al lector, como hubieran causado á las tropas.

Su estilo mas propio del orador que del historiador, tiene grandes bellezas, y grandes defectos: no es demasiado desaliñado cuando se trata de la colocacion de las palabras; y lo es mucho en la eleccion de ellas. Veis al autor dar algunas veces tórmento á sus periodos para redondearlos, ó para evitar el conflicto de las vocales; y otras veces desfigurarlos con expresiones bajas, y adornos impertinentes.

En estas lecturas tuve muchas ocasiones de conocer el desprecio ó la ignorancia que tienen los Griegos en razon de los pueblos distantes. Eforo tomó la Iberia * por una ciudad, sin que nadie advirtiese este error. Yo tenia noticia por un mercader fenicio, cuyo comercio se extendia hasta Gadir, de que la Iberia es una region vasta y poblada. Habiendo Teopompo citado poco despues la ciudad de Roma, se le preguntó acerca de ella, y solo respondió: está en Italia,

* La España.

y todo lo que sé de ella es, que una vez la tomó un pueblo de las Galias.

Habiéndose retirado estos dos autores, se les dieron los elogios que merecian por muchos títulos. Uno de los circunstantes, que traía un manto de filósofo, dijo con tono grave: Teopompo es el primero que ha citado el corazón humano al tribunal de la historia: notad con qué superioridad de luces entra en este abismo profundo, y con qué impetuosa elocuencia pone á nuestra vista sus horribles descubrimientos. Siempre con recelo de las buenas acciones, trata de sorprender los secretos del vicio, disfrazado con la máscara de la virtud.

Temo mucho, le dije yo, que algun dia se descubra en sus escritos la ponzoña de la malignidad, escondida bajo las exterioridades de la franqueza y de la probidad. Yo no puedo tolerar aquellos hombres mohinos, que no hallan en los demas nada puro é inocente. El que continuamente desconfía de las intenciones de los demas, me enseña á desconfiar de las suyas.

Un historiador ordinario, me respondió, se contenta con exponer los hechos; pero un historiador filósofo va á buscar sus causas. Por lo que hace á mí, aborrezco el crimen, y gusto de conocer al criminal para aborrecerle. Pero á lo menos, dije yo, será preciso que se le convenza. Es culpable, me dijo mi contrario, si tenia in-

teres en serlo. Déseme un ambicioso, yo debo reconocer en todas sus operaciones, no lo que hizo, sino lo que quiso hacer, y daré gracias al historiador que me revele los odiosos misterios de esta pasion. ¿Y cómo, le dije yo, cómo una mera presuncion, que no se alega ante los jueces sino apoyándola en otras pruebas mas fuertes, y exponiéndola á la contradiccion, bastará en la historia para imprimir un oprobio eterno en la memoria de un hombre?

Teopompo parece bastante exacto en sus relaciones; pero no es mas que un declamador, cuando distribuye á su arbitrio el vituperio ó la alabanza. Si habla de una pasion, debe ser atroz y consiguiente. Si habla de un hombre contra quien está prevenido, juzga de su caracter por algunas acciones, y del resto de su vida por su caracter. Sería cosa bien desgraciada que semejantes impostores pudiesen disponer de las reputaciones de los hombres.

Peor sería, me replicó alterado, que no se permitiese tocar á las reputaciones usurpadas. Teopompo es como aquellos jueces del infierno, que leen claramente en el corazón de los culpados; y como aquellos médicos que aplican el hierro y el fuego al mal, sin ofender las partes sanas. No se detiene en el manantial de los vicios, sino despues de estar seguro de que está envenenado. ¿Y por qué se contradice? respon-

di yo. Al principio de su obra nos anuncia que no la emprende sino para tributar á Filipo el homenaje debido al mayor hombre que ha habido en la Europa; y luego lo representa como el mas disoluto, el mas injusto y el mas pérfido. Si este príncipe se dignase de echar una mirada sobre él, le veria arrastrarse vilmente á sus pies. Al oír esto hicieron ademán de admirarse, y yo añadí: sabed pues, que ahora mismo está componiendo Teopompo un elogio lleno de adulacion, en honor de Filipo. ¿A quien creeremos sobre este punto; al historiador, ó al filósofo?

Ni al uno ni al otro, respondió Leócrates, amigo de Euclides; el cual era un literato que se habia aplicado al estudio de la política y de la moral, y despreciaba el de la historia. Acusilao, prosiguió, ha sido convencido de embustero por Helánico, y este por Eforo, que lo será luego por otros. Cada día se descubren nuevos errores en Heródoto, y el mismo Tucídides no está exento de ellos. Escritores ignorantes ó preocupados, hechos inciertos en sus causas, y en sus circunstancias, veis ahí algunos de los vicios inherentes á este género.

Peró veis aquí sus ventajas, respondió Euclides: grandes autoridades para la política, y grandes ejemplos para la moral. A la historia tienen que recurrir continuamente las naciones de la Grecia, para conocer sus respectivos de-

rechos, y terminar sus desayenencias: en ella es donde cada república encuentra los títulos de su poder y de su gloria: á su testimonio en fin se remiten nuestros oradores para darnos á conocer nuestros intereses. En cuanto á la moral, los repetidos preceptos de esta sobre la justicia, la sabiduría y el amor de la patria, ¿pueden compararse á los ejemplos grandes de Aristides, Sócrates y Leonidas?

Nuestros autores no están siempre acordes cuando se trata de nuestra antigua cronología; ó cuando hablan de las naciones extranjeras; y así no haremos caso de ellos, si quereis, en estos artículos; pero desde nuestras guerras con los Persas, donde empieza realmente nuestra historia, es esta un depósito precioso de la experiencia que cada siglo deja á los siglos siguientes. La paz, la guerra, los impuestos, todos los ramos del gobierno se controvierten en las juntas generales; y las deliberaciones se hallan consignadas en los registros públicos: la relacion de los grandes sucesos está en todos los escritos y en todas las bocas; nuestros triunfos, nuestros tratados están grabados en los monumentos que están á nuestra vista. ¿Quien seria el escritor que se atreviese á contradecir á testigos tan auténticos y visibles?

¿Direis que están discordes, á veces sobre las circunstancias de un hecho? ¿Y qué importa

que los Corintios se portasen bien ó mal en la batalla de Salamina? No por eso es menos verdad que en Salamina, en Platea, y en las Termópilas algunos miles de griegos resistieron á millones de persas, y que entonces se hizo patente, acaso por la primera vez, esta grande é insigne verdad, que el amor de la patria es capaz de hacer cosas que parecen superiores á las fuerzas humanas.

La historia es un teatro, en que se ponen en accion la política y la moral: los jóvenes reciben en ella las primeras impresiones, que deciden algunas veces de su destino; es, pues, preciso presentarles buenos modelos que seguir, é inspirarles horror al falso heroísmo. Los soberanos y las naciones pueden tomar en ella lecciones importantes; es pues preciso que el historiador sea impassible como la justicia, cuyos derechos tiene que sostener, y sincero como la verdad, de quien se propone ser el órgano. Su ministerio es tan augusto, que solo deberian ejercerlo hombres de conocida probidad, y bajo la inspeccion de un tribunal tan severo como el areopago. En una palabra, dijo Euclides para acabar, la utilidad de la historia no la disminuyen sino los que no saben escribirla, y no la desconocen sino los que no saben leerla.

CAPITULO LXVI.

DE LOS NOMBRES PROPIOS USADOS ENTRE LOS GRIEGOS.

Platon ha compuesto un tratado, en que trae muchas etimologías de los nombres de los heroes, de los genios y de los dioses, tomándose aquella licencia, que es tan propia de esta especie de trabajo. Animado de su ejemplo, sin tomarme tanta libertad, pondré aquí algunas observaciones sobre los nombres propios que usan los Griegos, hechas por casualidad en las dos conversaciones que acabo de referir. En ellas mismas ocurrieron mas de una vez varias digre-